

# LA GATA

RELATO DE  
SOUAD HADJ-ALI MOUHOB

“Ya Shebba, ya Shebba, ya Shebba bent bladi...” (يا شبة يا شبة يا شبة بنت (أبلادي)... Esta canción de Khaled era una de las preferidas de mi cuñada. La canturreaba mientras limpiaba la casa o cocinaba. Le encantaba.

Cuando mi cuñada fue a vivir a una casa con patio y jardín, ya no tenía ningún motivo para rechazar la idea de acoger algún animal doméstico. Sus dos hijas tenían predilección por los gatos y un día sorprendieron a su madre presentándose con una gatita. Era tan hermosa y melosilla que le pusieron el nombre de Shebba. Es que era verdaderamente guapa, como lo indicaba su nombre.

Shebba era una pelota de lana blanca que cabía en el hueco de una mano. Mantenía los ojos casi siempre cerrados pero, cuando los abría, parecía emanar de ellos una lucecita verde. A los pocos días, Shebba empezaba a mantenerse con firmeza sobre sus patitas y a cobrar fuerzas gracias a la buena alimentación que le daban en esa casa.

Con el paso de los meses, Shebba era una verdadera felina. Correteaba por el patio, trepaba los árboles, jugaba con cualquier cosa que encontraba por el suelo. Saltaba de cama en cama o se escondía debajo de los muebles para luego recular y tirarse sobre los pies de quien pasara por ese lugar para mordisquearle el tobillo o los bajos de los vestidos largos o de los pantalones. Con Shebba nadie podía aburrirse, era un verdadero regalo del que ya no se podía prescindir.

La vecina de mi cuñada también tenía un gatito que disfrutaba de los días de sol echado en la verde hierba o corriendo y saltando como solo los gatos saben hacerlo. Nemrud estaba cubierto de un brillante terciopelo gris azulado. Las dos pelotas de lana eran la alegría de las dos casas cuyas dueñas mantenían sus puertas siempre abiertas para dejarles libre el paso. Ningún obstáculo tenía que impedir sus juegos y sus largas carreras...

Sin embargo, la llegada del verano empezó a limitar la libertad de Shebba y Nemrud porque una manada de gatos callejeros comenzó a invadir los dos patios. Seguramente atraídos por la frescura de la hierba y la sombra de los árboles y también por la comida que mi cuñada dejaba en el porche, en los platitos de Shebba, los gatos forasteros trepaban por el muro que separaba las casas de la calle y entraban con arrogancia y malhumor en espacio ajeno. Nada más verlos, el pequeño Nemrud se escapaba; se refugiaba en la cocina y se quedaba mirando desde allí cómo esos extraños perseguían a Shebba. Se le veía con ganas de correr detrás de ellos y echarlos lejos, pero su corta edad se lo impedía. No se atrevía con los cinco o seis monstruos que maullaban como ogros. ¿Cómo iba a poder hacerlo? Miraba asustado y apenado a su amiga sin poder siquiera invitarla a refugiarse con él. Mi cuñada y la vecina salían con un palo para dispersar a los intrusos, pero no lo conseguían siempre. Los más salvajes se encaraban con ellas; por eso las dos mujeres temían que los gatos tuvieran la rabia y las mordieran. Cuando podían coger a Shebba, la encerraban, sola o con Nemrud, pero a veces la gatita muerta de miedo se escapaba o subía al tejado; entonces las dos amigas no podían salvarla. Les daba pena no poder ahuyentar a las bestias que seguían a Shebba allá donde se metiera.

Un día Nemrud enfermó. Devolvía, se retorció y lanzaba unos llantos desgarradores. Su dueña echaba pestes contra los gatos que entraban en el patio, estando segura de que eran la causa del malestar de su mascota. El infierno de Nemrud duró varios días pese a las pastillas que recomendó el veterinario. Su calvario terminó cuando la muerte se lo llevó una tarde de domingo ante el dolor de las dos mujeres y las dos niñas. Shebba se quedó sola. Se acercaba a la casa de la vecina y husmeaba en busca de su compañero de juegos. Entraba, daba la vuelta a la casa, lanzaba unos maullidos que dejaban suponer que llamaba a Nemrud y le preguntaba dónde se encontraba, luego salía triste al patio con la esperanza de hallarlo allí esperándola... pero en el patio solo estaban los gatos callejeros a su acecho. La aguardaban agazapados detrás de alguna maceta o algún banco, dispuestos a lanzarse encima de ella. La gata, desesperada, estiraba tiritando su cuerpo, arrastrándolo contra el suelo, deslizándose sigilosamente para que no repararan en ella, buscando algún

refugio donde esconderse; entonces cualquier objeto le servía: se ocultaba detrás de una bicicleta; de un cubo abandonado, o intentaba introducirse entre los barrotes de la ventana de la cocina, pero no conseguía escapar porque el más rápido de los machos saltaba sobre ella ante la rabia de los demás, que se echaban encima de su adversario para quedarse ellos con la presa. Se peleaban, se mordían y arañaban pero sin soltar a Shebba que gritaba de dolor. A veces, como por un común acuerdo involuntario, se turnaban para montarla, rabiosos, vigilándose los unos a los otros para que ninguno estuviera sobre la pobre gata más tiempo que el permitido tácitamente. Cuando alguno la mantenía más rato debajo de su pesado cuerpo fornicando y mordiéndola hasta ensangrentarla, los demás se arrojaban a él con impaciencia reclamando a gritos su turno. Una vez saciados, la abandonaban mojada, manchada de sangre, sucia y asqueada, agotada y temblorosa, enrollada sobre sí misma, gimiendo sin nadie para reconfortarla y consolarla de la crueldad de esos machos obsesos.

Madrid, 12 de mayo de 2011

